LA HISTORIA DEL DELFÍN

Cuando el amor por la Naturaleza está en nuestras convicciones, hasta el más común de los mortales se arriesga, sin medir riesgos, para salvar de los desechos humanos algo tan preciado como una Franciscana, delfín del Río de la Plata, involucrando en el proceso a toda la familia.

Por: Marcos Lucas Delle Piane

Mar del Sur, febrero del 2013. Este verano, como los últimos cuatro, lo pasamos en Mar del Sud, cerquita de Miramar. A nuestra familia nos gusta estar en contacto con la naturaleza y aventurarnos hacia el mar ya que durante el año vivimos entre montañas y nieve. Llevamos Kayac y bicicletas y resultó ser un verano bastante dinámico. Si el mar estaba tranquilo me metía a remar y a tener esa visión que uno no observa desde la playa. Si estaba picado me metía a que me revuelquen las olas y si había buenas olas, a barrenar, que resultó gustarme casi tanto como el esquí.

Un día fuimos por la playa en camioneta a Centinela del Mar, que queda a unos 30km de Mar del Sud. El mar estaba muy tranquilo así que me lancé a remar mar adentro. Me encontraba a unos doscientos metros de la costa, disfrutando pacíficamente del lento ondular de un mar tranquilo, cuando de repente escucho detrás mio un resoplido.

Al darme vuelta veo un remolino en el agua y me quedo esperando que aparezca de nuevo. En los últimos días había tenido la compañía de un lobo marino y un delfín. Estas visitas habían hecho que Agustín, el novio de mi hija Clarita, me mirara y dijera "vos siempre ves algo y yo no veo nada..."

De pronto, a unos diez metros, veo que sale un delfín. Miraba hacia abajo y se hundía de manera rara. Estaba encorvado y se movía como una víbora, hacia ambos lados. Me quedé esperando y repitió los movimientos. Yo me acercaba con el kayac y me preguntaba si sería una forma de comer, si estaría por tener familia o jugaba con otra cosa.

Triste fue mi sorpresa al darme cuenta, al observarlo mejor

en una de esas apariciones, que tenía su hocico totalmente enredado en una tanza de pescador, como también sus aletas laterales. Era un matambre y por eso se movía tan raro. Intenté acercarme para ayudar, pero seguro yo me parecía al mismo que le había dejado esa trampa en su vida. Volví rápidamente a la costa. Salí del agua, y corrí a buscar mis patas de rana y un cuchillo. Como pasé mi juventud detrás de los programas televisivos de Jacques Cousteau y Flipper, mas o memos creía tener una idea de lo que había que hacer.

Agustín me vió salir y volver apurado y me preguntó dónde iba. Le dije que había encontrado un delfín enredado en una tanza y que trataría de liberarlo. La cara de Agustín no tenía desperdicio. Incrédulo me preguntó dónde y yo le mostraba unos brillos en el mar, a lo lejos que él no distinguía. Creo que pensó que el que necesitaba ayuda era yo...

Remé a toda velocidad y encontré al delfín en el mismo lugar y en la misma situación. Salía, se movía, resoplaba y se volvía a hundir.

Un par de veces me tiré al agua cerca de mi amigo. Si, yo me sentía su amigo y lo quería ayudar, pero el no lo sabía y se asustaba. No lo culpo. La verdad que si veo venir a un grandote con traje negro, chaleco salvavidas naranja, patas de rana y un cuchillo en la mano, yo también me asusto...

Imposible hacer nada. Una y otra vez se escapaba. Qué hacer, me preguntaba cada vez más impotente ante semejante situación y sin ayuda de nadie.

De pronto me dí cuenta que el delfín no abandonaba el área, que andaba por el mismo lugar, unos cien metros a la redonda, entonces supuse que la tanza que lo tenía atrapa-

do estaba trabada en el fondo, seguramente enredada en alguna roca. Me acerqué muy despacio con el kayac y con el remo barrí el agua por debajo. Si! Allí estaba la linga que aprisionaba al animal!

Al primer intento saqué un duro cable de nylon que estaba tenso porque Flipper -así lo bautizamos- tiraba con ganas. Remé en sentido contrario buscando el otro extremo de la soga y llegué al lugar donde se metía a pique. Até la tanza firmemente al kayac y corté el extremo quedando así liberados de esta inesperado cepo marino. Ahora mi amigo estaba atado a mi kayac por lo cual debía llegar a la playa para extraerle sus lazos que aún le aprisionaban el hocico y las aletas. Remé con fuerza con poca resistencia del delfín, pero a unos escasos diez metros de la costa Flipper se dio cuenta de mi plan y comenzó a nadar en sentido contrario. Allí tomé conciencia de la fuerza que pueden tener estos animales ya que ganaba la partida y por más que las olas me empujaban y yo remaba, no podía no avanzaba. Es más, por momentos me arrastraba mar adentro.

Le grité a Agustín, que absorto observava desde la orilal, que me ayude porque traía el Delfín. Se acercó y miró den-

tro del kayac, no vió nada y confirmó su teoría, "mi suegro necesita ayuda, pero psicológica". Me dijo: -¿Dónde está?- y en eso el kayac tiró para atrás y no hizo falta aclarar, abrió los ojos como el dos de oro y me ayudó a sacar el kayac del agua. Luego tomamos la tanza y comenzamos a tirar entre los dos, viendo como la aleta de nuestro cada vez más amigo se acercaba pero siempre luchando de un lado a otro. Pedí unos guantes a Belén y cuando lo tuvimos al lado lo tomó Agustín por la cola y yo por el hocico. Así pudimos sacarlo a la Playa.

Ya toda la familia estaba involucrada en el rescate. Mientras Clara, Lucas y Belu lo mojaban con agua y Luchi decía "Es muy lindo", Agustín lo sujetaba y yo cortaba con cuidado toda la tanza de su boca y sus aletas. Por suerte no tenía anzuelo y supusimos que se habría enganchado con la boca mientras comía langostinos ya que tenía unos cuantos en la lengua. Tenía marcas de de la tanza sobre la piel, pero nada grave. Luli sacaba fotos y ninguno podía creer lo que estaba sucediendo, era un delfín y lejos de molestarlo, lo estábamos ayudando. Supongo que a esa altura ya eramos amigos...

Terminada la maniobra, lo levantamos con Agustín y lo llevamos al mar. No peleó por salir rápido, se quedó tranquilo mientras lo liberábamos y nadó lentamente, mostrándonos su aleta dorsal una y otra vez. No huyó, simplemente se fue...

Terminamos ese día de playa jugando al truco, observando como el sol se ocultaba, todos con una extraña sensación mezcla de felicidad y placer. Luchi repitió durante días "Era muy lindo el delfín".

Luego averiguamos que se llama "Delfín del Plata o Franciscana". Es un delfín que se deja ver en la costa Bonaerense, que pertenece a las especies vulnerables producto de las trampas que el hombre le deja cuando realiza la pesca artesanal.

Y si Luchi, era muy lindo y lo seguirá siendo...

Nota: si usted tiene experiencias similares, con fotografías,puede enviarnos su historia para que la publiquemos y sea ejemplificadora para los demás.